

D308

C3

V.2

Esta obra es propiedad de su editor Manuel Rodríguez, y se reserva los derechos de traducción y reproducción.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



FSRM

8537

8537

LOS DOS MUNDOS.

IMPRENTA Á CARGO DE PEDRO NOLASCO SOLER, CALLE DEL DOCTOR FOURQUET (ANTES DE LA YEDRA), NÚM. 9 .

CAPITULO PRIMERO.

SUCESOS Y CONSECUENCIAS DEL 22 DE JUNIO

DE 1866.

Cuando O'Donnell acababa de conseguir su dictadura en las votaciones del Congreso y luchaba para alcanzarla en las votaciones del Senado tambien, sobrevino un gravísimo hecho que determinó ya completamente la conducta política de la dinastía, y acentuó sañuda reaccion tras la cual habia de venir, por necesidad incontrastable, el azote de las revoluciones. Viendo los partidos liberales que la política del gobierno se inclinaba cada vez más á salvar el trono de la Reina y el trono de la Reina se inclinaba á perderse cada vez en el absolutismo, juraron no darse punto de reposo hasta conseguir que se empeñara y venciera una nueva revolucion. Es imposible que en España las revoluciones se emprendan y se realicen solamente por el pueblo. Fáltanles siempre á las revoluciones populares sigilo para prepararse, habilidad para comprometerse, disciplina para regirse, libertad para organizarse, concentracion de medios y concurso de fuerzas en el día convenido y en el punto señalado á una explosion de esta clase. Así es que todas las re-

voluciones, sin excepcion, todas las triunfantes, han comenzado por un movimiento militar. El pueblo y el ejército no se separan en España por los abismos que en otros países, donde suele haber dentro de la nacion una verdadera nacion militar, independiente, y aparte. Una opinion muy arraigada en el pueblo crece hasta imponerse en las filas del ejército. Así el ejército comenzó aquella gloriosísima insurreccion del Dos de Mayo, en que iniciamos nuestra guerra de la Independencia; el ejército aquel movimiento de Riego, en que herimos al absolutismo de Fernando VII; el ejército aquel levantamiento de 1836 en que restauramos nuestra Constitucion democrática; el ejército aquella revolucion de 1840 en que volvimos por nuestros municipios; el ejército aquella otra de 1854 en que acabamos la obra gigante de la desamortizacion; y el ejército estaba llamado á desarraigar del suelo patrio la antigua monarquía y á traer la nueva democracia.

El movimiento que en 1866 emprendiera el general Prim fué iniciado por la caballe-

ría; el movimiento de Junio de 1866 iniciado por la artillería. Dentro de este cuerpo existían rivalidades entre los sargentos y los oficiales, por razones que sería ahora largo é inoportuno relatar. Los sargentos, más en comunicacion estrecha con la tropa tenían también sobre la tropa más influencia inmediata que los oficiales; y en muchos de estos sargentos había no solo el sentimiento de rivalidad, que fuera mezquino, había también el sentimiento liberal, arraigadísimo, sentimiento mantenido como un fuego sacro, excitado como una pasión viva por la elocuencia de la prensa democrática. Lo cierto es que los dos cuerpos de artillería alojados en los dos cuarteles de Madrid, en el cuartel del Retiro, que ya ha desaparecido, y en el cuartel de San Gil, que todavía existe, se hallaban comprometidos por sus sargentos á intentar una revolución. El primer encargado de dirigir el movimiento fué el valerosísimo general Moriones, que tenía admirablemente combinado su plan de campaña, y que de haberlo en persona dirigido, lograra indudable éxito. Para el vulgo de las gentes el tener la artillería era tener la victoria. Al talento militar de Moriones, á su incansable celo no se ocultaba que la artillería por sí sola era un arma débil, cuya salida del cuartel podía impedir con éxito cualquier infantería, más rápida en sus movimientos, más certera en sus tiros, ménos cargada de esas pesadísimas máquinas de guerra, que solo sirven cuando están bien montadas, dirigidas y apuntadas. Así había sido su primer cuidado apostar varios hombres del pueblo, tiradores excelentes, que apoyáran la salida de la artillería, y encargar á los sargentos que sostuvieran la disciplina vigorosamente en sus respectivos cuerpos, para conseguir por medio de rápida acción segura victoria.

Pero las exigencias del plan general impidieron la estancia en Madrid del entonces coronel Moriones y fué nombrado por la misteriosa

junta revolucionaria en su reemplazo el general Pierrard. Revolucionario de fecha reciente, conservador de antiguo; educado en ideas aristocráticas y monárquicas, progresista más tarde, pero de aquellos que no adivinaban la separación entre la dinastía borbónica y la libertad constitucional; unido con Prim al cabo por mediación de algunos amigos, aunque Prim no olvidara jamás la diligencia con que siendo segundo cabo de Madrid le había perseguido y preso: hombre de honra acrisolada y de valor heroico, capaz de morir con abnegación verdadera en el cumplimiento de su deber, pero incapaz de combinar con verdadero acierto ningún plan ni militar ni político, por su aventajada prestancia militar y por su nombre respetadísimo, podía servir en aquel trance, pero por sus escasas facultades intelectuales podía todo perderlo y malograrlo. Así, cuando los acontecimientos apuraban y los conflictos sobrevenían uno en pos de otro, y la hora del combate supremo sonaba, Pierrard se entretenía con loable celo, pero con escasa oportunidad, en trazar sobre el papel planes de campaña precedidos de largos y gerundianos comentarios. Tuvieron buen cuidado sus amigos de traerlo desde su cuartel ó su retiro disfrazado de campesino, y de llevarlo de casa en casa disfrazado de cura; mas en estas correrías continuas el plan se malograba tristemente, y ninguna disposición grave y trascendental venía á preparar la organización de fuerzas que, bien dirigidas, podían dar segura victoria, y mal dirigidas, nuevos y terribles desastres. Mas de cualquier manera se convino en dar el golpe en la mañana del 22 de Junio, temerosos los conspiradores de que todo se descubriese y malograrse.

O'Donnell no temía nada. Algunos rumores le anunciaban que los artilleros se hallaban comprometidos á iniciar un movimiento revolucionario, y no quería creerlo. Ignoraba las sordas pero profundas corrientes que

minaban el cuerpo de artillería. Eran las dos de la mañana, y las autoridades todas de Madrid dormían profundamente y se fiaban á las fuerzas de su guarnición, persuadidas de la impotencia revolucionaria. El gobernador militar, general Cervino, se había recogido temprano. El duque de Sexto, gobernador civil, que durante muchas noches alumbraba una de las habitaciones de su palacio, como en señal de velar continuamente, no velaba aquella noche, á lo ménos su palacio aparecía sumergido en las universales tinieblas. El general O'Donnell, de costumbres severas y sóbrias, como habitualmente, es decir, muy temprano, se había despedido de sus contertulios, y se había acostado. La desgracia suele venir como viene la muerte, de improviso. El único que velaba era el nervioso y diligente señor ministro de la Gobernación, Posada Herrera. Asistió á una comida diplomática que diera el Nuncio, y despachaba los complicados negocios de su departamento á las altas horas de la noche. Entonces tenía constantemente en sus patios el ministerio de la Gobernación una fuerte guardia militar denominada la guardia del Principal. Y una de las causas que precipitaron el movimiento, la primera quizá fué el creer sin duda con algún motivo los conspiradores que aquella guardia estaba comprometida en su favor, con lo que disponían de alguna fuerza más, de un punto importantísimo que cortaba las relaciones más fáciles y más rápidas entre el Oriente y el Occidente de Madrid, y sobre todo del telégrafo que en pocos minutos llevaba la señal del levantamiento y de la revolución á todas las provincias.

La noche era oscura y tempestuosa; negros nubarrones manchaban el cielo; y algunas gruesas gotas caían de vez en cuando sobre la tierra abrasada y sedienta. Hallábanse los oficiales de guardia en el cuarto de banderas del cuartel de San Gil, cuando entran varios sargentos en ademán amenazador con las armas en la mano, y al grito de «viva la liber-

tad y viva Prim,» les intiman que se rindan y que les cedan el mando. Los oficiales se resisten á esta intimación inesperada; y uno de ellos saca su revólver, lo apunta, y dispara sobre el sargento. Este acto fué la terrible señal de una serie de inmoliciones de los oficiales por los soldados que, á decir verdad, manchan las páginas de esta nueva batalla empeñada, con los más puros móviles y á favor de la nobilísima causa del progreso. Dentro del cuartel mismo hay porfiada lucha por la oposición tenaz con que los encargados del parque de Artillería se resisten á entregarlo. Esta lucha, el tiempo empleado en sostenerla, el estruendo de la fusilería, los gritos de los paisanos comprometidos y avisados en los diversos barrios, dan la señal de alarma cuando ya apunta uno de esos largos días cercanos al solsticio de estío. Y mientras por la oposición inesperada del Parque no deciden ni resuelven nada los insurrectos, el Gobierno se despierta, se decide, se resuelve, y obra con la celeridad de acción y con la plenitud de inteligencia y la posesión de ánimo que distinguían y ensalzaban al general O'Donnell en los momentos graves y difíciles.

Pierrard llegó, y sabe pelear como buen soldado, pero no sabe dirigir como buen general. En aquellos momentos aconsejaba el vulgar sentido recoger las tropas sublevadas, agruparlas por vigorosos mandatos, dirigir las sobre dos puntos que hubieran podido ser fácil y rápidamente tomados, sobre el Palacio de los reyes, y sobre el ministerio de la Gobernación. No se les ocurrió sorprender la guardia de Palacio, cañonear las puertas, subir, apoderarse de la Reina, que era como el símbolo de la legalidad, en cuyo torno se agrupaban los enemigos de la revolución. No se les ocurría tampoco mandar la fuerza de paisanos con tanta anticipación apercibida por el señor Moriones á proteger la salida de la artillería alojada en el cuartel también comprometido del Retiro. No se les ocurrió si-

quiera disciplinar aquella fuerza indisciplinada, organizar aquellos soldados desorganizados, dirigir aquellas compañías sin dirección y sin jefe, comprometerlas en una batalla que tuviera el motor de algun pensamiento y el fin de algun inmediato resultado. Los artilleros se dispersaron por calles y plazas en diversos grupos; dieron vivas entusiastas que animaron á la poblacion liberal creida de que venian con los cañones todas las fuerzas indispensables para la victoria; arrastraron una pieza á la Puerta del Sol para abrir el Principal á cañonazos, teniendo que abandonarla por el nutrido fuego de fusilería que mataba á los sublevados al pié de su cañon; ayudaron á los paisanos que heroicamente se mantenian á la defensiva en la cuesta de Santo Domingo; combatieron con tenacidad en todas partes; animaron á los demás combatientes con sus refuerzos importantísimos; pero aislados, dispersos, sin la organizacion debida que es el secreto de la victoria; sin la disciplina indispensable á toda fuerza verdadera, faltos de jefes y abandonados á su espontaneidad, lejos de dar carácter militar á la insurreccion, fueron como unos cuantos hombres del pueblo más unidos á los que desde el amanecer peleaban por sus libertades con tanto arrojo como desgracia.

Pero no precipitemos la historia de los sucesos. En cuanto O'Donnell tuvo noticia de lo que ocurría, dió sus órdenes con toda inteligencia y toda presteza para sofocar la insurreccion. El primero que se encontró en frente del grave caso, fué el Sr. Posada Herrera, ocurriendo con habilidad y con prudencia á mantener por el Gobierno la guardia del Principal. O'Donnell perdió al pronto su sangre fria antigua. Tantas insurrecciones militares urdidas contra el hombre que se imaginaba disponer á su arbitrio de todo nuestro ejército, eran verdaderamente para enardecer al más frio y desconcertar al más sereno. Encendiósele el rostro, inyectáronse en sangre los ojos, anudóse la voz en la gar-

ganta, y salió solo á la calle, como si creyera que para vencer bastaba su presencia. Bien pronto recobró la calma, el dominio sobre sí mismo, y se dió á combatir la formidable insurreccion que tenia en frente. Su primer pensamiento se convirtió á la artillería del Retiro, y su primera orden fué mandarla salir, encontrándose con que las mulas estaban aparejadas y enganchados los cañones, sin duda porque iban á salir, sí, pero en favor de los sublevados. Como buen conspirador sabia el general que toda fuerza militar contrariada á tiempo, cede, y dirigida contra sus propios cómplices, pelea y mata. Así es que los artilleros del Retiro combatieron encarnizadamente en toda aquella jornada á los artilleros de San Gil. El segundo pensamiento de O'Donnell fué el cuartel de la Montaña. Elevado por su Gobierno como especie de seguro para Palacio y de amenaza contra Madrid el cuartel, uno de sus fuertes, una de sus esperanzas, estaba tambien vacilante, y próximo á unirse á la insurreccion, burlando así la parte de ejército que lo ocupaba los cálculos mejor hechos, y los mejor concebidos proyectos. Pero O'Donnell ocurre á este evento mandando allá al general Serrano. Con rapidez, con valor, sin curarse para nada ni de dificultades ni de peligros, inspirado en su estro militar, valido de su influjo sobre el ejército, Serrano corre al cuartel, sube por una de las cuevas más pendientes, se presenta vestido de uniforme á los soldados que ya salian en armas, les habla, les conmueve, les arrastra y logra, no solo rehacerlos, sino dirigirlos contra sus antiguos compañeros, y entrar á sangre y fuego en el cuartel de San Gil, donde á cada corredor, encrucijada, patio, se empeñan cuerpo á cuerpo, con la furia española de cada parte, exacerbada naturalmente en la guerra cruentísimas batallas que siembran todos aquellos espacios de heridos y de muertos.

La batalla se generaliza en todo Madrid, porque la gente civil, aunque insegura del

éxito, no estaba por abandonar á la gente militar á quien habia comprometido en aquella empresa. Pocas veces se ha visto á todo el mundo cumplir escrupulosamente con su deber como en tan suprema ocasion. Unos en la Bajada de Santo Domingo, otros en la Plaza de Anton Martin, otros en la calle de Fuencarral, otros en las ensangrentadas calles del Desengaño y de la Luna, muchos en varias partes, ó sostuvieron el valor de los combatientes con su presencia en medio del fuego y del peligro, ó empuñaron las armas y entraron resueltamente en la terrible lucha. La batalla duró todo el dia, desde el amanecer hasta mucho despues de haber anochecido, en que aun resonaba el tiro por la calle de Jacometrezo, y se rendia una casa fuertemente defendida por el pueblo. Casi todos los generales que habia en Madrid tomaron parte en la pelea á favor del gobierno. Algunos de ellos recibieron heridas. La mortandad fue horrible de una y otra parte. Daba horror ver la calle del Desengaño en la parte que desemboca á la calle de la Luna, el suelo teñido de sangre, las paredes acribilladas de tiros, las aceras interrumpidas por los cadáveres todavía calientes, con la siniestra expresion del odio en el rostro, iluminado como de un pálido relámpago por el último pensamiento de la vida que se perdía en las primeras frias sombras de la muerte. Al dia siguiente carros llenos de cadáveres cruzaban en todas direcciones por las calles de Madrid.

La derrota del partido fué completa. No le quedaba ya casi ningun representante en Madrid. La mayor parte de los militares salieron cuando el levantamiento de Prim; los que aun quedaban comprometidos en la revolucion malograda de Junio, emigraron como pudieron. La tribuna estaba huérfana de representantes del partido liberal. La prensa, donde se habian reunido todas las fuerzas; la prensa, donde se habian concentrado todas las ideas; la prensa, centelleante de elocuencia, verdadero prodigio de accion y de pro-

paganda en aquellos difícilísimos dias, yacia rota porque sus redactores, no satisfechos con haber inspirado la revolucion á las conciencias, quisieron tambien realizarla en las calles, y se encontraron primero vencidos, despues condenados á muerte, sin hogar y sin patria. Todos los periódicos liberales quedaron suprimidos de un golpe. Tinieblas, y tinieblas palpables caian sobre el corazon y sobre la conciencia de nuestra infeliz patria.

Acabada la insurreccion, y ya muy entrada la noche, se presentó el general O'Donnell en palacio á recoger el premio y el galardón de su victoria. Cuando habia pasado horas tan amargas, cuando habia visto perdida la dinastía en tormenta tan deshecha, cuando por un milagro contaba con la victoria, encontró á la Reina indiferente á sus esfuerzos, desabrida á sus palabras, ingrata á sus servicios, mostrándose á las claras ofendida por no haber recibido visita alguna suya en aquel dia, por haberla dejado indefensa en su morada, expuesta á un ataque de los insurrectos, mientras el general Narvaez corriera á los primeros tiros hácia la cámara régia y jurara morir defendiendo como simple soldado en la escalera de palacio la vida y la inviolabilidad de su Reina. El general O'Donnell, profundamente contrariado, observó á S. M., con las acostumbradas fórmulas de respeto, que si el general Narvaez, cuyos ofrecimientos eran muy loables y cuyos servicios en aquel dia muy atendibles, podia disponer de su persona, él no podia ciertamente, porque bajo el peso de su responsabilidad, teniendo que dirigir las operaciones encaminadas á salvar un trono con tanta rudeza combatido, no habia aparecido en palacio solo por defenderlo y salvarlo con más empeño, como lo habia conseguido, sin que su corazon y su pensamiento se apartaran ni por un minuto del lado de su Reina. Al general no debió ocultársele, no, que estaba perdido en la corte. Su caída acababa de ser decretada en aquel momento, y si no se apresuraba